

de Linares. Su papel es de perfiles radicales contándose entre los liberales "puros".

No habían pasado las fatigas cuando nuevamente se sacude el país con el golpe de Estado de Comonfort, al desconocer la Constitución que días antes había jurado sostener. El general Márquez, de la aristocracia conservadora, aprovechando el desconcierto provocado por Comonfort lo depone colocando en su lugar al general Félix Zuloaga.

Se inicia el crucial período de la Guerra de Tres Años. Siguiendo las rudas campañas del Ejército del Norte el licenciado Gómez actúa como secretario del general José Silvestre Aramberri, después se une a Zuazua para continuar con Zaragoza, al mismo tiempo que atendía los trabajos urgentes cuando el general Jesús González Ortega, general en jefe de los contingentes que operaban en el centro del país, preparaba minuciosamente la batalla definitiva que daría contra Miramón.

Se encontraron ambas fuerzas en Calpulalpan, resolviéndose la batalla en favor de los liberales. Pocos conservadores se salvaron. El desastre fue aplastante.

¿Y después? No conformes los conservadores con la derrota pugnaron por la Intervención Francesa. En esa etapa dolorosa el licenciado Gómez siguió sin desmayo la causa republicana. A la muerte del general Ignacio Zaragoza, poco tiempo después del glorioso triunfo del 5 de mayo de 1862, se da tiempo para escribir su biografía, trabajo que ha servido de patrón a los historiadores.

Cuando las circunstancias de la guerra obligaron a Juárez a emprender dura marcha hacia el norte, durante su estancia en Monterrey, febrero 12 de 1864, lo aloja en su domicilio, situado en el local ocupado actualmente por el Banco Regional del Norte, Padre Mier y Galeana, desafiando la ira de Vidaurri, distanciado ya de Juárez.

A su regreso el Presidente Juárez, en junio, lo designa Gobernador del Estado y comandante militar, en substitución de don Jesús Ma. Benítez y Pinillos, que había renunciado.

Sigue Juárez su camino hacia Chihuahua, y al rompimiento final con Vidaurri, el licenciado Gómez le sigue fiel adoptando la línea de conducta de Escobedo, Naranjo, Aramberri, Treviño, Martínez, Espinosa. . .

Al lado de estos jefes sigue el licenciado Gómez luchando. Sacrificios incontables, y como Juárez con una fe inquebrantable en el triunfo. De nueva

cuenta ocupa el Gobierno del Estado el 7 de noviembre de 1866, substituyendo al general Escobedo que sale al centro del país, como general en jefe del Ejército del Norte. Su bitácora señalaba la ciudad de Querétaro en donde acabaría con el llamado Imperio mexicano, dejando en el Cerro de las Campanas los cadáveres de Maximiliano, Mejía y Miramón.

Durante un año don Manuel Z. Gómez gobernó el Estado, atendiendo todos los ramos administrativos con empeño y devoción. Dejó huellas luminosas de un trabajo apasionado y honesto.

Falleció en su domicilio campestre situado en San Jerónimo, a corta distancia de Monterrey, el 27 de julio de 1871, a los 58 años de edad.

#### CORONEL RUPERTO MARTÍNEZ

Si se reconoce el mérito en el hombre letrado que ha prestado servicios honrosos a la patria, con mayor razón debe rendirse homenaje a quienes sin la ilustración que da la cultura nimbán su vida con hechos gloriosos.

Es el caso del coronel Ruperto Martínez, originario de Higuera, N. L. Nació en la que antes fue hacienda de Santa Teresa de las Higuera, el 16 de mayo de 1831. Se casó allí con María Abrahama Treviño de cuyo matrimonio nacieron seis hijos: José, Porfiria, Filomena, Jesús Ma., Ignacio y Francisca.

Mantén a la familia con el producto de las tierras que cultivaba, y dejaba tiempo para leer, de preferencia cuanto se refería al movimiento político del país que era tanto como decir a la revolución que se iba y a la que llegaba. En su fuero interno sentía impaciencia y dolor por tantos vaivenes. Todos hablaban de salvar a la patria, pero ¿quién tenía la razón?

En el pueblo se le veía con simpatía y respeto. Su palabra era acatada sin replicar porque siempre estaba dispuesto a servir y en sus tratos el cumplimiento era su norma. Todo periódico, folleto o libro que alguien recibía lo pasaba de inmediato a don Ruperto.

Así se enteró del levantamiento de Vidaurri en Lampazos en contra del Gobierno de Santa Anna, y posteriormente de la toma de Monterrey, acabando con el desbarajuste del Gobernador, general Jerónimo Cardona. No faltaron amigos que le invitaron a jefaturar un grupo de vecinos para ayudar la causa de Vidaurri. No aceptó por lo pronto esperando una oportunidad propicia.



No faltó quien le informara al coronel Julián Quiroga del valimiento de Ruperto Martínez, y en persona fue a Higuera para invitarle a colaborar en el ejército libertador. Para mayor atractivo le ofreció el grado de comandante.

Resuelto a enrolarse en el ejército que consideraba defendía una causa noble, con 30 jinetes se presentó al coronel Quiroga. Se le recibió con muestras de simpatía, fue presentado a Vidaurri, el que le causó buena impresión por su trato amable.

Durante dos años desempeñó diversas comisiones militares a satisfacción de Vidaurri, que seguía siendo la primera figura en los Estados de Nuevo León, Tamaulipas y Coahuila.

Sin embargo, Ruperto Martínez no estaba de acuerdo en esa actitud de Vidaurri de pretender que no hubiese autoridad alguna sobre la de él, incluso la federal. Como Martínez admiraba a Juárez le parecía aquella arrogancia de Vidaurri fuera de todo orden moral y legal.

Su inconformidad llegó al máximo cuando, estando Juárez en Monterrey, en condiciones conflictivas por la Intervención Francesa, no tan sólo no lo atendió como merecía su carácter de Presidente de la República, sino que pretendió agredirlo. Y precisamente al ordenar Vidaurri el atrincheramiento en la ciudadela, él con los soldados que lo quisieron seguir tomó el camino de Higuera, en espera de los acontecimientos.

Se le tuvo como desertor, enviándose un pelotón de cien soldados para someterlo al orden. Preparado como estaba recibió a los emisarios con nutrido tiroteo que los desconcertó, dejando en el campo varios muertos, heridos y todo el armamento que llevaban.

Sin pérdida de tiempo, tomando el camino de Villa García fue a incorporarse al general Miguel Negrete, que comandaba las fuerzas de Juárez, con centro provisional de operaciones en Saltillo. Se le recibió con agrado, convirtiéndose con el tiempo en un elemento de gran valía.

Cuando volvió Juárez a Monterrey el 3 de abril del mencionado año de 1864, Ruperto Martínez quedó adscrito al cuerpo de ejército en formación al mando del general Mariano Escobedo.

Se le encomiendan diversas comisiones que desempeña con toda atinencia, especialmente la vigilancia de Monterrey durante la estancia de Juárez, y el reclutamiento de voluntarios, logrando por su parte aumentar el contingente a su mando a 300 hombres armados y montados.

Abandonado Monterrey por Juárez y su séquito el 15 de agosto del 64,

Ruperto Martínez continúa al lado de Escobedo realizando una serie de acciones de guerra por Matehuala, Mineral de Catorce, Dr. Arroyo y Galeana, en todos los casos con éxito, valiéndole el ascenso a teniente coronel.

Después participa en la batalla de Santa Isabel, el 10. de marzo de 1866, batiéndose con heroísmo al frente de los rifleros de Nuevo León, al mando del coronel Jerónimo Treviño. El triunfo fue espectacular y de efectos enormes en el ánimo ya decaído de los franceses. Dejaron en el campo de batalla 118 franceses, inclusive el jefe Brian y 13 mexicanos imperialistas, además de 81 franceses prisioneros y 85 reaccionarios, y cantidad muy considerable de armas, municiones e impedimenta.

Principiaba en el norte el fin de la estancia imperialista. Escobedo se empeñaba por violentar las operaciones, y todos los jefes rivalizaban en la preparación. En estos menesteres la actividad incansable de Ruperto Martínez se sobreponía a toda contingencia, reclutando gente y cuidando los caminos que conducían a Monterrey. Se realiza la batalla de Santa Gertrudis de resultados todavía más desastrosos para los franceses. Ruperto Martínez con 600 dragones mantiene sin movimiento a los franceses que marchan al encuentro del enorme convoy que procedente de Matamoros va hacia Monterrey.

El general Escobedo en brillante maniobra, sin enemigo a la retaguardia, atacó a la columna francesa en las lomerías de Santa Gertrudis, Camargo. Las cargas de caballería y las bizarras descargas de fusilería de las infanterías envolvieron a los franceses y colaboradores mexicanos y les causaron bajas de tal manera que no pudieron organizar la defensa. Amanecía el día 16 de junio de 1866, y todavía el sol no calentaba cuando se declaraba el triunfo republicano al son de los clarines y gritos de entusiasmo.

Botín recogido: 13 cañones, más de mil caballos, 100 carros con mercancías, y toda la impedimenta. Bajas del enemigo: 396 muertos, 166 heridos y 1,000 prisioneros. Por 150 muertos y 100 heridos de los republicanos.

Fue el toque definitivo de marcha de los franceses de Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, y del general Escobedo para seguir al centro del país hasta Querétaro en donde tuvo el honor de rendir el último baluarte del llamado Imperio Mexicano. En el sitio y toma de Querétaro, Ruperto Martínez, ya con el carácter de coronel participó en forma distinguida.

Después, minada su salud, con permiso regresó a su pueblo, Higuera. Como sus dolencias se agravaron fue trasladado a Monterrey en donde murió el 20 de julio de 1868, a los 38 años de edad. Dio su vida en servicio de la patria.



